

EN ESTE NUMERO:

- LITURGIA Y POLITICA, por Fr. Pedro Fernández, O. P. (pp. 5-9).
- MITOS DE AYER Y DE HOY EN TORNO A LA VIDA DEL SACERDOTE, por Fr. Manuel Castellar Benlloch (pp. 11-13).
- COMO SE PROYECTA EL A. T. EN LA IGLESIA DE HOY, por Jesús Infesta (pp. 32-31).

editorial

23 NOV. 1970

LA LECCION DE LA ACADEMIA SUECA



MIENTRAS, inesperadamente, el premio Nobel de Literatura iba a parar a un ruso que, habitando en el interior de su país, nunca ha recatado su condición de creyente, el premio Nobel de la Paz iba también, con no menor sorpresa, a Norma Borlaug, cuando la expectación universal se inclinaba a Don Helder Camara o a algún otro personaje de primera fila entre los que hoy remueven las aguas del mundo con sus discursos y sus mensajes.

Confesemos nuestra admiración por Don Helder, obispo postconciliar lleno de coraje y amor a los pobres, que nunca ha vacilado en hacer frente a los peligros por llevar adelante su labor. En un ambiente como el de París, donde las personalidades más destacadas corren siempre peligro de pasar inadvertidas, fuimos testigos del interés que despertaba una intervención suya, provocando casi un conflicto de orden público la insuficiencia del salón para el inmenso público que quería oírle. Un público juvenil, universitario y exigente, muy distinto del auditorio que suelen tener las conferencias de otros arzobispos. Un público al que resultaría grato un lenguaje aprobador de la violencia y al que Don Helder habló de todo lo contrario, de la revolución de los pacíficos.

Pero esto no puede hacernos olvidar la lección implícita que nos ha dado la Academia sueca. Ella ha preferido ir a buscar a un paciente investigador, de figura inmensamente menos conocida (¡cuántos no recordaban absolutamente nada de él cuando los periódicos dieron la noticia!), de quien nadie podría invocar ni un manifiesto ni una soflama. Sencillamente un hombre que ha luchado perseverantemente contra el hambre, que ha acudido a los países en subdesarrollo para ayudarles a resolver el problema de su insuficiencia en alimentos, que ha movilizó las fuerzas económicas a su alcance al servicio de una técnica depurada y ha logrado encender una luz de esperanza donde sólo reinaba la angustia.

Y así la Academia sueca nos ha dicho que en terreno de la Paz hace falta hablar..., pero hace falta también hacer. No hay que menospreciar las voces

que se alzan para gritar al mundo la loca situación en que vivimos, presos en una carrera de armamentos, que detenida y puesta al servicio de otros objetivos, arrancaría de raíz el peligro de la guerra. Pero sin olvidar a los que calladamente y día a día hacen lo que está a su alcance en la lucha contra el hambre y la miseria. Se nos aconseja implícitamente que no valoremos con exceso la grandilocuencia y los gestos espectaculares. Y que nos demos cuenta de que, junto a los grandes políticos, a los oradores que arrastran las multitudes, hay también una legión de hombres, en la que todos debiéramos contarnos, que luchan por resolver los problemas que tiene la Humanidad en la medida que queda a su alcance.

La decisión de la Academia sueca nos ha hecho reflexionar. En el campo de la paz y otros muchos. Tal vez vivamos, por el auge increíble de los medios de comunicación social, una verdadera inflación de declaraciones, soflamas, gestos, palabras e imágenes. Y tal vez, en la batalla de la Paz, y en la de la Política, y en la del Ecumenismo, y en la de la renovación teológica, y en la de la puesta al día de la Iglesia nos haga falta recordar que a esas declaraciones ha de acompañar el trabajo serio, el estudio a fondo, la utilización de todas nuestras posibilidades, la aplicación a los problemas reales, la capacidad para moverse en equipo, la humildad para renunciar a la hinchazón propagandista, el espíritu de sacrificio... y todo eso que el buen agrónomo norteamericano Norma Borlaug, hasta ahora casi un desconocido, viene a simbolizar. Es posible que así evitésemos la increíble vaciedad de muchas cosas que se dicen y se escriben, porque el mundo no se mueve o se detiene por progresistas o tradicionalistas. Lo mueven y lo detienen quienes, a fuerza de contacto con la realidad y estudio en serio, tienen algo que decir que merece la pena. Un «algo que decir» que en un ministro del Evangelio es, además de fruto del estudio, fruto también de su oración perseverante.